

¿QUÉ PUEDE HACER LA TEORÍA LITERARIA POR LA VERDAD?

WHAT CAN LITERARY THEORY DO FOR TRUTH?

María do Cebreiro Rábade Villar

Universidad de Santiago de Cosmpostela
m.rabade@usc.es

Fecha de recepción: 22 de febrero de 2018

Fecha de aceptación: 4 de mayo de 2018

<http://dx.doi.org/10.30827/TNJ.v1i1.7781>

Resumen:

El artículo parte de la constatación de una notable polaridad sobre la que podríamos proyectar, en términos de Žižek (2006), una *perspectiva de paralaje*. Nos referimos a la simultaneidad, solo en apariencia paradójica, de dos procesos: de una parte, la generalización mediática del término posverdad; de la otra, el creciente protagonismo de la noción de *verdad* en el pensamiento teórico contemporáneo. Para tratar de esclarecer el posible sentido de esa relación empezaremos por emprender un breve recorrido por la trayectoria intelectual de Johathan Culler, con especial atención a los prolegómenos de su célebre *Literary Theory: A Very Short Introduction* (1997), donde el autor entiende la praxis teórico-literaria como cuestionamiento del sentido común. Por último trataremos de reconocer sinóptica-mente cómo la tradición postestructuralista, uno de los objetos de análisis privilegiados por Culler, ha abordado el problema de la verdad y cómo, en la actual crisis disciplinar que parece afectar especialmente a las humanidades y a los estudios literarios, la teoría de la literatura puede contribuir al ejercicio del pensamiento crítico.

Palabras-clave: Verdad; Crítica; Jonathan Culler; Teoría literaria; Postestructuralismo.

Abstract:

The article starts with the confirmation of a remarkable polarity to which we could cast, as Žizek (2006) would put it, a parallax view. We refer to the simultaneity, only apparently paradoxical, of two processes. On the one hand, the generalisation in the media of the term post-truth; on the other hand, the growing importance of the notion of truth in contemporary theoretical thinking. In order to shed light on the possible meaning of this relationship, we will start by shortly reviewing Jonathan Culler's intellectual background, paying special attention to the prefaces of his renowned *Literary Theory: A Very Short Introduction* (1997), where the author sees literary theory praxis as a questioning of common sense. Finally, we will try to recognise synoptically how post-structuralist tradition, one of Culler's most analysed subjects, has dealt with the problem of truth and how, in the current curricular crisis that seems to especially affect humanities and literary studies, literary theory can contribute to critical thinking.

Keywords: Truth; Critics; Jonathan Culler; Literary Theory; Post-Structuralism

Introducción

Resulta ciertamente paradójico el hecho de que la palabra *posverdad*¹ se haya convertido en los últimos meses en uno de los términos con mayor presencia mediática, al tiempo que, en el ámbito del pensamiento crítico, lo que se verifica desde hace algunos años es, justamente, un regreso a la categoría de *verdad*. Noción, la de verdad, a menudo tomada en un sentido fuerte, lo que en este contexto equivaldría ante todo a un sentido no relativista, o incluso antirrelativista². Uno de los objetivos de estas líneas es examinar el sentido de esta paradoja a partir de un recorrido sinóptico por la trayectoria intelectual de Johathan Culler, con especial atención al arranque de su breviarío *Literary Theory. A Very*

1. Dos indicios notables son el hecho de que *post-truth* fuese declarada palabra del año 2016 por una fuente tan prestigiosa como el *Oxford Dictionary*, así como recientemente incluida en el portal digital de la RAE. Sobre la fuente oxoniana y las razones de la selección, véase <https://en.oxforddictionaries.com/word-of-the-year/word-of-the-year-2016>. En relación con el proceso de discusión de la inclusión de este término, junto con algunas otras novedades léxicas, en el ámbito español, pueden consultarse Grijelmo y Mantilla. El presidente de la RAE, Darío Villanueva, que como es sabido es también catedrático de Teoría de la literatura y literatura comparada, había elegido el 29 de junio de 2017 ese tema para la clausura del curso académico del máster universitario en Derecho Constitucional, que ofrecen conjuntamente el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales del Ministerio de la Presidencia (CEP) y la Universidad Internacional Menéndez Pelayo (UIMP), con la conferencia titulada: "Verdad, ficción, posverdad. Política y literatura".

2. Alain Badiou ha sido sin duda uno de los pensadores más sólidos a la hora de situar la noción de verdad en el centro de su imponente edificio filosófico. No es casual que, en el contexto de la filosofía francesa, su discípulo Quentin Meillassoux haya sido el principal impulsor del denominado "realismo ontológico", que parte de un examen crítico del correlacionismo kantiano. En un libro significativamente prologado por Badiou, Meillassoux sitúa en la teoría kantiana del sujeto el origen del relativismo en la razón moderna y postmoderna y rechaza el correlacionalismo por entender que su primado del sujeto sobre el objeto no ofrece una explicación satisfactoria al problema del conocimiento.

Short Introduction, obra del año 1997, que ha gozado desde entonces de una notable fortuna crítica, y donde conecta la función de la teoría con la desconfianza y la crítica al sentido común.

Como es sabido, la era mediática de la posverdad no ha deparado un lugar central a la teoría literaria. Pero en una singular contrapartida a esta pérdida de relevancia académica de la disciplina a nivel global, al mismo tiempo se ha generalizado un tipo de ficciones que la toman por objeto, a menudo desde la perspectiva del humor (Jeffrey Eugenides, *The Nupcial Plot*, 2011) o incluso del humor negro (Laurence Binet, *La Septième Fonction du langage*, 2015). Se trata de un indicio significativo del modo en el que el neoliberalismo, de acuerdo con su característica lógica fagocitadora, ha convertido casi en objeto de divertimento o en fetiche para el consumo cultural un campo de estudio surgido en un contexto de luchas políticas muy ligadas a movimientos como el mayo del 68.

Al amparo de las denominadas *guerras culturales*, en las últimas décadas del siglo XX se instauró globalmente una reorganización disciplinar de las ciencias sociales y de las humanidades que, a menudo bajo la influencia de los ámbitos académicos anglófono y francófono, tendió a convertir la *Literary Theory* en *Theory*. Una de las causas de esta tendencia habría que situarla en lo que Fernando Cabo Aseguinolaza ha denominado *ficción expandida*, en buena medida producto de la propia tradición teórico-literaria del siglo XX. Como resultado de este proceso, la especificidad de la literatura, entendida hasta entonces como campo más o menos autónomo, se iría desdibujando progresivamente, en parte por la impugnación de la estabilidad de los límites entre el enunciado y el mundo y en parte porque las técnicas y procedimientos literarios se extendieron mucho más allá de la literatura. La expansión de la literariedad contribuyó sin duda a la renovación de ámbitos del conocimiento como la historia o el ensayo, lo que se verifica en el uso deliberado del relato como estrategia del discurso histórico —elemento muy notable, por ejemplo, en la microhistoria de Ginzburg— o, en otro sentido, en la retorización del discurso historiográfico, con claras repercusiones para la teoría de la ficción, y al que habría contribuido, entre otras tendencias de la teoría de la historia, el análisis retórico emprendido por Hayden White.

Todo ello habría contribuido a generar un efecto en cierto sentido paradójico, pues la literatura acabaría siendo reconceptualizada como un objeto de estudio (ni el único, ni el de mayor importancia) dentro del ámbito interdisciplinar de los estudios culturales. Pero además la conversión de la *Literary Theory* en *Theory* —a la que el propio Culler responde críticamente en el ensayo *The Literary in Theory* (2007)— ha tenido a menudo el efecto de deshistorizarla. Ello ha ocurrido incluso en aquellos críticos cuya genealogía teórica parecía acercarlos a las dos matrices más productivas de la época dorada de la teoría en los años sesenta y setenta: la teoría feminista y la teoría postcolonial. Como se verifica

en los trabajos de Judith Butler o Slavoj Žižek, la causa, tal vez, habría que situarla en el protagonismo concedido progresivamente por ambos autores a la filosofía hegeliana y al psicoanálisis. A mayores de lo dicho, habría que tener muy en cuenta que la emergencia, consolidación y expansión de los estudios culturales obedece sin duda a uno de los pilares del sentido común del postmodernismo, últimamente cuestionado desde distintos presupuestos teóricos. Nos referimos al postulado de una construcción histórica y social de la realidad, perspectiva muy deudora de la genealogía foucaultiana de las instituciones, y que en Culler se traducirá en la respuesta crítica a las tradiciones del estructuralismo y del postestructuralismo, a la pragmática literaria y al pensamiento filosófico de Jacques Derrida. La asunción de la literatura como uno de los múltiples discursos constituidos culturalmente explica asimismo que su pérdida de centralidad como práctica sociocultural haya sido un fenómeno casi correlativo de su pérdida de centralidad en la agenda investigadora y en el currículum académico contemporáneo.

Jonathan Culler y la ética de la investigación literaria: del funcionalismo dinámico al postestructuralismo

La búsqueda que nos proponemos emprender en estas páginas atañe, pues, a la contextualización de una profunda crisis disciplinar que afecta fundamentalmente al papel social y académico de los estudios literarios, a partir de una de las premisas de las que parte Culler en los prolegómenos a su breve manual *Literary Theory: A Very Short Introduction*: la teoría como crítica al sentido común. Pero antes de ello convendrá repasar sumariamente la trayectoria intelectual del autor, no sin notar que está atravesada por un acendrado compromiso con lo que podríamos denominar *ética de la investigación*, que el académico ha sabido llevar también al ámbito de la reflexión crítica sobre la actividad docente. Así lo demostraba, por ejemplo, en el capítulo con el que ponía fin al libro de 1981 *The Pursuit of Signs*, elocuentemente titulado “Literary Theory in the Graduate Program”. En esa misma obra la dimensión ética de su búsqueda intelectual estaba en buena medida vinculada a la centralidad concedida a la lectura como práctica culturalmente relevante. Pensemos que el autor ve en la semiótica, ante todo, una teoría de la lectura (47-79) y vincula las célebres “comunidades interpretativas” de Stanley Fish con el ámbito de un *derecho del lector*. De la ética a la justicia, el pensamiento de Culler parece anticipar claves de acceso al pensamiento crítico que hacen del punto de juntura entre literatura y derecho (Martha Nussbaum, y en otro sentido, Jacques Derrida, Giorgio Agamben o Alain Badiou) un espacio significativo.

Ya en su primera gran obra crítica, consagrada a Gustave Flaubert, Culler había demostrado su capacidad para situar el énfasis de su ejercicio interpretativo en la cuestión

axiológica (Culler 1974, 155 y ss.). La elección de Flaubert no es casual, y permite verificar su intuición para reconocer en el escritor francés la piedra de toque de un proyecto literario que, posteriormente, dará lugar a búsquedas teóricas tan sustanciales como las de Pierre Bourdieu (*Las reglas del arte* 1995) o Jacques Rancière (*Política de la literatura* 2011). Queda así dibujado el espacio para una concepción de la literatura como campo de fuerzas y espacio de producción de verdades. Tan significativa como lo ahora señalado es la declaración de Culler, en el prefacio de esta misma obra, de la deuda contraída con Sartre (1974, 7), que apunta a genealogías críticas distantes de las del estructuralismo en el que, por otra parte, sin duda se incardinará su obra al menos desde su *Structuralist Poetics* (1975), seguido de su estudio sobre Saussure (1976), y más tarde la investigación sobre estructuralismo y pragmática en *On Deconstruction* (1983).

Cabe señalar que la poética estructural de Culler se sitúa en la órbita de lo que desde Itamar Even-Zohar (1990) se ha dado en llamar *funcionalismo dinámico*, siempre atento a las dimensiones socioculturales del análisis: no por casualidad, el autor se había licenciado en Historia y Literatura por la Universidad de Harvard en el año 1966. Posteriores serían los estudios de postgrado cursados en Literatura Comparada y Lenguas Modernas por la Universidad de Oxford, formación que lo sitúa, de paso, en la encrucijada común a muchos de los perfiles críticos más eminentes dentro del ámbito de los estudios literarios del siglo XX. Pensemos, por citar apenas dos ejemplos relacionados con el desarrollo disciplinar de la teoría en el ámbito hispánico, en el sutil compromiso que la teoría literaria y el comparatismo adquirieron en la trayectoria de Claudio Guillén, o en el hecho de que en la universidad española ambas disciplinas hayan dado lugar —curiosamente no sin objeciones por parte del mismo Guillén (2005)— a un mismo ámbito de conocimiento. El propio Culler, en libros como *Framing the Sign: Criticism and Its Institutions* (1988), ha analizado con singular perspicacia la ubicación disciplinar e institucional de la práctica crítica.

Resulta asimismo significativo el hecho de que la brillante trayectoria de Culler como teórico del postestructuralismo —demostrada en la mencionada obra *On Deconstruction: Theory and Criticism after Structuralism* de 1982, en *The Pursuit of Signs: Semiotics, Literature, Deconstruction* de 1981 o en los cuatro volúmenes de *Deconstruction: Critical Concepts* de 2003— haya evolucionado, en los últimos años, hacia un análisis crítico de las implicaciones del lenguaje oscuro en el discurso filosófico, en un capítulo del libro, coeditado en 2003 junto con Kevin Lamb, *Just Being Difficult? Academic Writing in the Public Arena*. Lo es en la medida en la que a menudo el postestructuralismo fue criticado, e incluso satirizado, por sus usos lingüísticos, muchas veces tomados por jerga deliberadamente incomprensible entre sus oponentes. En este sentido no estará de más recordar

el denominado “caso Sokal”, que parte de un ejercicio de *imitatio* de la terminología post-modernista, conducente a demostrar —por lo demás, por la vía del engaño a parte de la comunidad científica, en un caso ejemplar de disociación entre los fines y los medios— lo que de impostura había entre los defensores de la pantextualidad.

La impresión de impostura condicionó sin duda la recepción crítica de algunos autores vinculados al postestructuralismo. Pero ni siquiera los ataques más furibundos han podido silenciar el compromiso de esta tradición intelectual con la *desconfianza*, que presidía ya la actitud nietzscheana ante el problema de la verdad. El propio Jonathan Culler hereda esta tradición de la sospecha y por eso en sus prolegómenos al libro *Literary Theory: A Very Short Introduction* Culler recuerda que, a mayores de su carácter interdisciplinar, y de su orientación analítica y especulativa, la teoría constituye una crítica a las nociones de sentido común y a la naturalización discursiva (Culler 4), que intenta averiguar las implicaciones de categorías como sexo, lenguaje, escritura, significado o sujeto (Culler 5) o que su condición reflexiva le permite someter a análisis los términos que utilizamos para dar sentido a las cosas, tanto en la literatura como en las restantes prácticas discursivas (Culler 14-15), por lo que no está renunciando al compromiso de la teoría con la verdad.

El problema de la verdad en la tradición postestructuralista: ficción, sujeto, intencionalidad

A la luz de lo dicho, resulta sin duda reduccionista la concepción del pensamiento postestructuralista como una tradición refractaria a la categoría de *verdad*, sobre todo si entendemos que, en tanto especificación del giro lingüístico, la tarea de esta tradición fue llevar a las últimas consecuencias las conclusiones a las que había llegado el estructuralismo en relación al vínculo entre realidad, referencia y lenguaje. El prejuicio señalado se basa, fundamentalmente, en la confusión entre el pensamiento postmoderno y el postestructural, toda vez que en puridad el postmodernismo no es sino una lectura concreta e interesada del postestructuralismo en un marco político y cultural radicalmente distinto del que antecedió y condicionó el mayo del sesentay ocho. Ello contribuye a explicar asimismo el hecho de que algunas voces críticas invocasen, a menudo descontextualizándolas, sentencias como el “no hay fuera del texto” de Derrida o el “todo vale” de Feyerabend. En su mayor parte, estas objeciones se amparaban en la necesidad de reafirmar la noción tradicional y dominante de la verdad como adecuación del enunciado al hecho, y, en el caso de los antiderrideanos —que en los años ochenta y noventa fueron legión— respondían sobre todo a la ansiedad que despierta la imposibilidad de fijar un único sentido para el discurso. Una ansiedad que sin duda ha sido, si no del todo suavizada, sí al menos compensada por la

constatación del modo en que los nuevos medios electrónicos promueven masivamente en su funcionamiento social las textualidades diseminadas y descentradas que hasta hace pocas décadas eran tomadas por algunos únicamente como especulaciones teóricas (Topuzian 2011, 194).

Por lo demás, la preocupación por establecer de qué hablamos cuando hablamos de adecuación entre las palabras y las cosas era una preocupación antigua, por no decir fundacional, para la mayor parte de los filósofos postestructuralistas. Así lo confirma, por una parte, la discusión entre Derrida y Searle a propósito de los actos de habla, que no por casualidad concedía relevancia al estatuto de la ficción en este problema y, por otra parte, el compromiso con el vínculo que, al hilo del psicoanálisis, Michel Foucault reconoce entre las nociones de verdad y veridicción³. Resulta asimismo sintomático el hecho de que Maurizio Ferraris, un filósofo cuya orientación filosófica lo situaba en la escuela de la hermenéutica continental, haya evolucionado en los últimos años hacia posiciones más cercanas al giro ontológico, e incluso al denominado *nuevo realismo* (Beuchot), como lo confirma su reciente libro *Emergencia*.

Pero, como es sabido, el punto de quiebre del postestructuralismo se remonta sobre todo a la obra de aquellos filósofos que apenas acusaron la influencia de la hermenéutica heideggeriana, aunque no hayan sido del todo ajenos a la tradición de origen del propio Heidegger. Nos referimos a la fenomenología, que de Husserl al propio Derrida, pasando por Ricoeur o Sartre, constituye una de las principales líneas de fuerza del pensamiento teórico del siglo XX. Cabría recordar en este contexto a Gilles Deleuze, cuyas reflexiones sobre la literatura, dicho sea de paso, son sin duda sustanciales pese a su brevedad, sobre todo a la hora de definir un determinado canon crítico que haría de las obras de Kafka (Deleuze y Guattari) o Melville (Deleuze) un poderoso campo de pruebas para revisar y fijar conceptos como el de *literatura menor* o *literatura por venir*. En lo que atañe a su trabajo sobre la verdad, se hace necesario aludir, siquiera sinópticamente, a la tradición filosófica que para Deleuze hace posible esta tarea. No por casualidad, ello implicó la relectura y reinterpretación de dos filósofos clave para la conceptualización de este problema en el pensamiento contemporáneo: Friedrich Nietzsche, al que nos hemos referido a propósito de su filosofía de la desconfianza, y Jean-Jacques Rousseau.

En un sustancial ensayo sobre teoría y verdad, Marcelo Topuzian recuerda que es fundamentalmente en el libro *Nietzsche y la filosofía* donde Deleuze establecerá una relación

3. Son muy relevantes las reflexiones de Foucault en torno a la parresía en *Discurso y verdad en la Grecia antigua* (2004, 46). El examen de la categoría de *verdad* en el pensamiento foucaultiano ha sido objeto de diversas aproximaciones en fechas recientes. Entre ellas podríamos destacar la de Ayouch, en diálogo con el psicoanálisis, la de Carniglia, sobre verdad y veridicción y la de González Blanco, que conecta la categoría de *parresía* con el pensamiento sobre la comunidad.

fundante entre los términos *poder* y *verdad*, pues “toda verdad fue en primer lugar un valor en relación con una voluntad de pensar” (Topuzian 2017, 65)⁴. Por decirlo en las propias palabras de Deleuze, “el único medio de reconocerse en la ‘verdad’” sería “saber a qué región pertenecen ciertos errores y ciertas verdades, cuál es su tipo, quién los formula y los concibe”. Al señalar la pertinencia de saber “quién formula y concibe ciertos errores y ciertas verdades” (Deleuze 149), el filósofo está situando el problema de lleno en la órbita del sujeto, un lugar que la fenomenología había conceptualizado como intencionalidad y desde donde, mucho antes, Rousseau había emplazado sus disquisiciones sobre la relación entre verdad y mentira. Lo hacía, concretamente, en sus *Ensoñaciones del paseante solitario*, vinculando tangencialmente el problema del estatuto ontológico de la ficción, desde el postulado de la libertad humana para sujetar el discurso a una u otra intención. En efecto, a la hora de distinguir entre lo verdadero y lo falso, lo relevante según Rousseau no es el efecto, sino la intención del sujeto, de lo que se deriva otro hecho de libertad, así como de la posibilidad de la crítica, pues si el sujeto decide omitir la verdad sin la intención de engañar no habrá mentira: “Mentir para ventaja propia es impostura; mentir para ventaja ajena es fraude, mentir para menoscabar es calumnia; ésta es la peor clase de mentira. Mentir sin provecho y sin menoscabo propio ni ajeno no es mentir: no es mentira, es ficción” (Rousseau 80).

No por casualidad, el texto de Rousseau se inscribe en un momento de la historia de la estética en el que empiezan a dibujarse las condiciones de posibilidad de una esfera de autonomía para el arte, y donde la categoría de ficción, para poder operar plenamente, debe desvincularse de nociones morales como las de autenticidad o falsedad. Por eso mismo resulta útil recordar aquí las implicaciones de la centralidad concedida a la ficción desde mediados del siglo XX. En primer lugar, porque la idea del pacto pragmático, sostenido para la ficción literaria por autores como Mary Louise Pratt, permitió superar en parte las limitaciones de las teorías de la literariedad y de la función poética a la hora de definir el alcance del concepto de *literatura*, dando lugar a ese proceso que, siguiendo a Fernando Cabo, hemos denominado *ficción expandida*. En segundo lugar porque, cuando la categoría de ficción entre en juego, sobre todo de la mano de Derrida, en el debate sobre los performativos lingüísticos⁵, ello implicará una ampliación del propio concepto de adecuación del discurso a la referencia. Y es este entendimiento performativo de la verdad, más que la difusa y mediática noción de *posverdad*, lo que podría ayudar a calibrar en qué me-

4. Significativamente lo hace tras revisar la impronta de Nietzsche sobre Paul de Man, teórico de la literatura para quien, sobre todo en su aproximación a la alegoría, fue asimismo esencial la obra de Rousseau (Topuzian 2017, 64).

5. Los textos de referencia para el seguimiento de la polémica, que constituye sin duda uno de los hitos de la historia del “giro lingüístico”, son los de Derrida y Searle. Navarro ha historiado los pormenores de este desencuentro entre la deconstrucción y la filosofía analítica añadiendo a los trabajos mencionados el ya clásico y fundacional de Austin.

didat acontecimientos como el Brexit, el triunfo de Trump o la situación política en Cataluña dependen del emplazamiento cada vez más cambiante de los discursos con respecto a la volatilidad, también vertiginosa, de los hechos. Esta toma de conciencia de las implicaciones del carácter performativo de los actos de habla es sin duda una de las herencias más productivas del postestructuralismo en la cuestión que nos ocupa.

La teoría emplazada: del mayo del 68 al neoliberalismo.

Tal y como estamos viendo, no es que la tradición postestructuralista le diese la espalda al problema de la verdad; más bien sentó las bases para establecer una reflexión crítica en torno a ella. Tanto en sus desarrollos filosóficos como en los más específicamente literarios, el postestructuralismo trató de articular un pensamiento a contrapelo con respecto a la concepción socialmente dominante de la verdad como “excluyentemente proposicional, lógica y judicativa”, concepción esta última “que a través de las nociones de corrección y representación se ha ligado necesariamente a una metafísica de la conciencia” (Topuzian 2017, 57). Cabe considerar además que la impugnación de esta metafísica de la conciencia —que, sin apartarnos en lo fundamental de este contexto teórico, Jacques Derrida había denominado metafísica de la presencia— no implicó únicamente una revisión profunda de las teorías de la interpretación vigentes a mediados del pasado siglo, teorías que, como ya hemos visto para el caso de Culler, en buena medida pasaban por la asimilación sartreana de la tradición fenomenológico-hermenéutica. Implicó también una profunda reformulación de la teoría del sujeto, con efectos singulares para la revisión crítica de la noción de autoría⁶.

No es casual que un teórico como Barthes, tan ligado al entonces polémico postulado de la “muerte del autor”, fundase la denominada nueva crítica francesa con un libro, en gran medida concebido como un manifiesto, titulado *Crítica y verdad*. En el contexto que nos ocupa, merecería la pena reparar en la noción barthesiana de “palabra desdoblada”, una nueva prueba del modo en el que el postestructuralismo llevaba a sus últimas consecuencias determinadas nociones clave del análisis estructural —en este caso, no es difícil reconocer como trasfondo la desautomatización del formalismo y la teoría jakobsoniana de la función poética. Para Barthes, la capacidad del lenguaje para dar razón de sí mismo

6. Ambos procesos pueden, de hecho, examinarse por junto, como lo hace el propio Topuzian (2011) cuando valora la impronta de Poulet en la construcción de una categoría de autoría consistente a partir de la figura de Marcel Proust. Esta construcción ha sido, por cierto, contestada en las recientes aproximaciones de Maingueneau a la figura del autor, en tentativas de reformulación que beben de nociones más vinculadas a la idea foucaultiana de la autoría como “reagrupación” que como subjetividad estable. Un indicio de la larga —aunque a menudo interrumpida— influencia de la fenomenología en el pensamiento contemporáneo es la reciente rehabilitación crítica de Merleau-Ponty, un autor cada vez más presente en la agenda de filósofos como Jacques Rancière, y del que recientemente se han editado, bajo el título de *Filosofía y lenguaje*, sus cursos en el College de France (1952-1960). De modo muy significativo, y en clara convergencia con las búsquedas coetáneas de Michel Foucault, el filósofo comienza uno de sus cursos reconociendo que “Buscamos en la noción de institución un remedio a las dificultades de la filosofía de la conciencia” (Merleau-Ponty 43).

era la causa de la resistencia que la crítica despierta en las instituciones y en los agentes culturales que, como Raymond Picard (el principal destinatario de su libelo) militaban en la crítica tradicional: “La palabra desdoblada es objeto de una especial vigilancia por parte de las instituciones, que la mantienen por lo común sometida a un estrecho código: en el Estado literario, la crítica debe ser tan ‘disciplinada’ como una policía; liberar aquélla no sería menos ‘peligroso’ que popularizar a ésta: sería poner en tela de juicio el poder del poder, el lenguaje del lenguaje” (Barthes 13).

Las metáforas policiales que Barthes usa en esta cita son algo más que metáforas. Remiten a un contexto muy preciso de estrecha conexión entre la *nouvelle critique* y el combate al control social en tiempos del capitalismo, que curiosamente —y salvo excepciones como las de Asensi en su luminoso libro *Los años salvajes de la teoría* (2006)— ha sido pasado por alto muchas veces cuando se historia este período de la disciplina. Lo deja muy claro el propio Barthes cuando conecta el debate entre la vieja y la nueva crítica con la cultura de masas (15) o, páginas antes, y todavía con mayor claridad, cuando recuerda que “hoy por hoy, la regresión inspira vergüenza, exactamente como el capitalismo” (12), y también cuando poco después añade que el propósito de sus adversarios es “proseguir su acción basándose en una organización militante y en una ideología nacionalista... capaz de oponerse eficazmente al marxismo” (13, n. 10).

A esta luz, no es de extrañar que el a veces denominado giro político de los estudios literarios, acontecido justo cuando algunos teóricos hablaban de un “final de la teoría” (Eagleton) haya implicado el retorno de categorías de análisis como la oposición entre *política* y *policía*, tan decisiva para el pensamiento estético de Jacques Rancière. Si en pleno mayo del 68 la renovación de la crítica demandaba una conciencia de los procedimientos de control social o del aparato ideológico del estado, por formularlo ahora en terminología de Althusser, en tiempos del neoliberalismo y de la posverdad parece una tarea tanto o más apremiante desconfiar del sentido común que impone, a menudo violentamente, una determinada *doxa*. Y no deja de resultar desalentador que un debate tan presente en los medios de comunicación como el del “fin de las humanidades” no acostumbre a ir acompañado de una reflexión acerca del propio concepto de *humanidad* o de *humanismo* ni acostumbre a traducirse en una incitación al desarrollo de mecanismos y técnicas de esclarecimiento o crítica del lenguaje socialmente dominante.

Correlativamente, y salvo en casos puntuales como el de la feminista Rosi Braidotti (2013) —que ha sabido conectar el debate con las teorías contemporáneas sobre lo post-humano—, la denominada “defensa de las humanidades” pivota fundamentalmente en torno a dos ejes: el regreso a los ideales de un humanismo liberal sustentado en los valores culturales de una socialdemocracia por lo demás cada vez más menoscabada en

la escena política⁷ o la reivindicación de una “utilidad de lo inútil”. Este último es, como es sabido, el título de un manifiesto de Nuccio Ordine, paradójicamente convertido en *best-seller* global, que al situar el foco en el concepto de *utilidad* parece secundar en la práctica las palabras del enemigo sin acabar de arrojarlas del todo contra él. En efecto, no queda claro en qué medida el asumir la inutilidad de un tipo de saberes puede oponer *de facto* resistencia al utilitarismo del actual currículum académico, cada vez más orientado a los fines de la sociedad neoliberal, con su énfasis en sujetar la enseñanza superior a las demandas del mercado de trabajo. Y todo ello en un contexto que convierte en literalmente utópica esta tarea: aun cuando la enseñanza superior asuma sin resistencia alguna, como en cierto sentido lo hace, la tarea de formar trabajadores adaptados al sistema económico neoliberal, ni el mercado de trabajo podría integrarlos a todos ni, previsiblemente, las herramientas proporcionadas en el currículum estarían a la altura de lo demandado por un contexto laboral cada vez más cambiante.

Son cuestiones como estas las que harían apremiante traer al debate público posiciones, por lo demás tan claras, como las postuladas por Jonathan Culler en su breviarío sobre la disciplina. En buena medida, en su concepción de la teoría literaria como crítica al sentido común, Jonathan Culler está regresando a algunas de las encrucijadas más relevantes, pero tal vez también menos explícitas, de los debates del postestructuralismo en torno al sujeto y al discurso. Pero al reclamar además, para las tareas teórica y crítica, una función social de esclarecimiento de ciertas nociones comunes, el trabajo de Culler va todavía más allá. Con rotundidad e ingenio, Marcelo Topuzian recordaba que “es una verdad universalmente reconocida que los estudios académicos influidos por la teoría literaria han desconfiado a menudo de la verdad” (2017, 55), pero como ya hemos visto eso no significa que la desatendiesen. En tiempos de la posverdad, acaso como en casi cualquier tiempo, la lógica de los acontecimientos parece no correr pareja a la lógica de los discursos. Reconocer y calibrar el peso de este hiato es, al mismo tiempo, una tarea teórica y crítica. Es decir, un trabajo que reúne en un mismo gesto la genealogía antigua de la actividad teórica como *visión* y la tradición moderna de la actividad crítica como *ruptura*. Resistir desde la desconfianza a la aparente *lógica de los acontecimientos* sería, en este contexto, el mayor favor que la teoría puede hacerle a la verdad.

⁷ Esta sería, por ejemplo, la posición de Martha Nussbaum en el libro significativamente titulado *Not for Profit: Why Democracy Needs the Humanities* (2016).

BIBLIOGRAFÍA

- Agamben, Giorgio. *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia, Pre-textos, 1998.
- Asensi, Manuel. *Los años salvajes de la teoría*. Valencia, Tirant lo Blanch, 2006.
- Austin, John L. *Cómo hacer cosas con palabras: palabras y acciones*. Barcelona, Paidós, 1990.
- Ayouch, Thamy. "Foucault a favor del psicoanálisis: verdad, veridicción, prácticas de sí". *Verba Volant. Revista de Filosofía y Psicoanálisis*, vol. 3, no. 2, 2013, pp. 78-98.
- Badiou, Alain. *Ética: ensaio da conciencia do mal*. Santiago de Compostela, Noitarenga, 1995.
- Barthes, Roland. *Crítica y verdad*. Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2005.
- Beuchot, Mauricio. *Hechos e interpretaciones. Hacia una hermenéutica analógica*. México, Fondo de Cultura Económica, 2016.
- Braidotti, Rosi. "Posthuman Humanities". *European Educational Research Journal*, 12, 1, 2013, 1-19.
- Cabo Aseguinolaza, Fernando. "Sobre la pragmática de la teoría de la ficción literaria". *Avances en teoría de la literatura: estética de la recepción, pragmática, teoría empírica y teoría de los polisistemas*, Darío Villanueva (ed.), Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, pp. 187-228.
- Carniglia, Luciano Andrés "La fuerza de lo inútil. Verdad y veridicción en Michel Foucault". *Eikasía. Revista de Filosofía*, vol. 67, 2013.
- Culler, Jonathan y Kevin Lamb (eds.). *Just Being Difficult? Academic Writing in the Public Arena*. Stanford, Stanford University Press, 2003.
- Culler, Jonathan. *Structuralist Poetics. Structuralism, Linguistics and the Study of Literature*. Londres, Routledge, 1975.
- _____. *Flaubert: The Uses of Uncertainty*. Ithaca, New York, Cornell University Press, 1974.
- _____. *Saussure*. Fontana/Collins, 1976.
- _____. *The Pursuit of Signs. Semiotics, Literature, Deconstruction*. Londres, Routledge, 1981.
- _____. *On Deconstruction. Theory and Criticism after Structuralism*. Londres, Routledge, 1983.
- _____. *Framing the Sign: Criticism and Its Institutions*. Oxford, Blackwell, 1988.
- _____. *Literary Theory: A Very Short Introduction*. Oxford, Oxford University Press, 1997.

- _____. (ed.). *Deconstruction: Critical Concepts in Literary and Cultural Studies*. Londres, Taylor & Francis, 2003.
- _____. *The Literary in Theory*. Stanford, Stanford University Press, 2007.
- Deleuze, Gilles y Felix Guattari. *Kafka. Por una literatura menor*. México, Era, 1998.
- Deleuze, Gilles. "Bartleby". *Preferiría no hacerlo*, José Luis Pardo (ed.). Valencia, Pre-textos, 2009, pp. 57-92.
- _____. *Nietzsche y la filosofía*. Barcelona, Anagrama, 1993.
- Derrida, Jacques. "Signature event context". *Glyph*, vol. I, 1977, pp. 172-97.
- _____. "Limited Inc. a b c ...". *Glyph*, vol. II, 1977, pp. 162-254.
- De Man, Paul. *Alegorías de la lectura*. Barcelona, Lumen, 1990.
- Eagleton, Terry. *Después de la teoría*. Barcelona, Debate, 2003.
- Even-Zohar, Itamar. "Polysystem Theory". *Poetics Today*, vol. 11, no. 1, 1990, pp. 9-26.
- Ferraris, Maurizio. *Emergenza*. Turín, Einaudi, 2016.
- Ginzburg, Carlo. *El queso y los gusanos: el cosmos, según un molinero del siglo XVI*. Barcelona, Muchnik, 1994.
- Nussbaum, Martha. *Justicia poética: la imaginación literaria y la vida pública*. Barcelona, Andrés Bello, 2016.
- Foucault, Michel. *Discurso y verdad en la Grecia Antigua*. Buenos Aires, Paidós, 2004.
- González Blanco, Azucena. "Literatura, multitud y veridicción: hacia una política de la literatura en el último M. Foucault". En prensa.
- Guillén, Claudio. *Entre lo uno y lo diverso: introducción a la literatura comparada*. Barcelona, Tusquets, 2005.
- Grijelmo, Álex. "Posverdad: el arte de la manipulación masiva". *El País*, 22 de agosto de 2017. https://elpais.com/elpais/2017/08/22/opinion/1503395946_889112.html. Último acceso: Marzo de 2017.
- Maingueneau, Dominique. "Escritor e imagen de autor". *Tropelías. Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*, vol. 24, 2015, pp. 17-30.
- Meillassoux, Quentin. *Métaphysique et fiction des mondes hors-science*. Paris, La Fabrique, 2013.
- Merleau-Ponty, Maurice. *Filosofía y lenguaje. College de France (1952-1960)*. Buenos Aires, Prometeo, 2016.
- Navarro Reyes, Jesús. "Promesas deconstruidas. Austin. Derrida. Searle". *Themata. Revista de Filosofía*, vol. 39, 2007, pp.119-125.

- Nussbaum, Martha. *Not for Profit: Why Democracy Needs the Humanities*. Princeton, Princeton University Press, 2016.
- Ordine, Nuccio. *La utilidad de lo inútil: manifiesto*. Barcelona, Acantilado, 2013.
- Poulet, Georges. *Proustian Space*. Baltimore, Johns Hopkins University, 1977.
- Pratt, Mary Louise. *Toward a Speech Act Theory of Literary Discourse*. Bloomington, Indiana University Press, 1977.
- Rancière, Jacques. *Política, policía, democracia*. Santiago de Chile, LOM, 2006.
- Rousseau, Jean-Jacques. *Las ensoñaciones del paseante solitario*. Madrid, Cátedra, 1986.
- Ruiz Mantilla, Jesús. "Cómo 'posverdad', 'hacker' y 'chicano' llegaron al diccionario. *El País*, 23 de diciembre de 2017. https://elpais.com/cultura/2017/12/23/actualidad/1514033983_218764.html. Último acceso: Marzo de 2017.
- Searle, John. "Reiterating the Differences: A Reply to Derrida". *Glyph*, I, 1977, pp. 198-208.
- Topuzian, Marcelo. "Literatura, autor y verdad en los márgenes de la teoría literaria". *Badebec*. *Revista del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria*, vol. 1, 2011, pp. 1-24
- _____. "La verdad, en teoría". *Boletín del del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria*, vol. 18, 2017, pp. 55-72.
- Žižek, Slavoj. *Visión de paralaje*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006.
- White, Hayden. *The Content of the Form: Narrative Discourse and Historical Representation*. Baltimore, John Hopkins University, 1987.